



Orden Natural

Javier Arce

Del 14 de septiembre
al 18 de noviembre de 2017.
Sala 1.

Horario de la sala de exposiciones:
De lunes a sábado, de 11 a 20 h.
Domingos y festivos, cerrado.

CENTRO DE ARTE ALCOBENDAS

MARIANO SEBASTIÁN IZUEL, 9
28100 Alcobendas (Madrid)
Teléfono: 91 229 49 40

www.centrodeartealcobendas.org  



Frottage. Imagen del proceso de realización de un trabajo.

Orden Natural

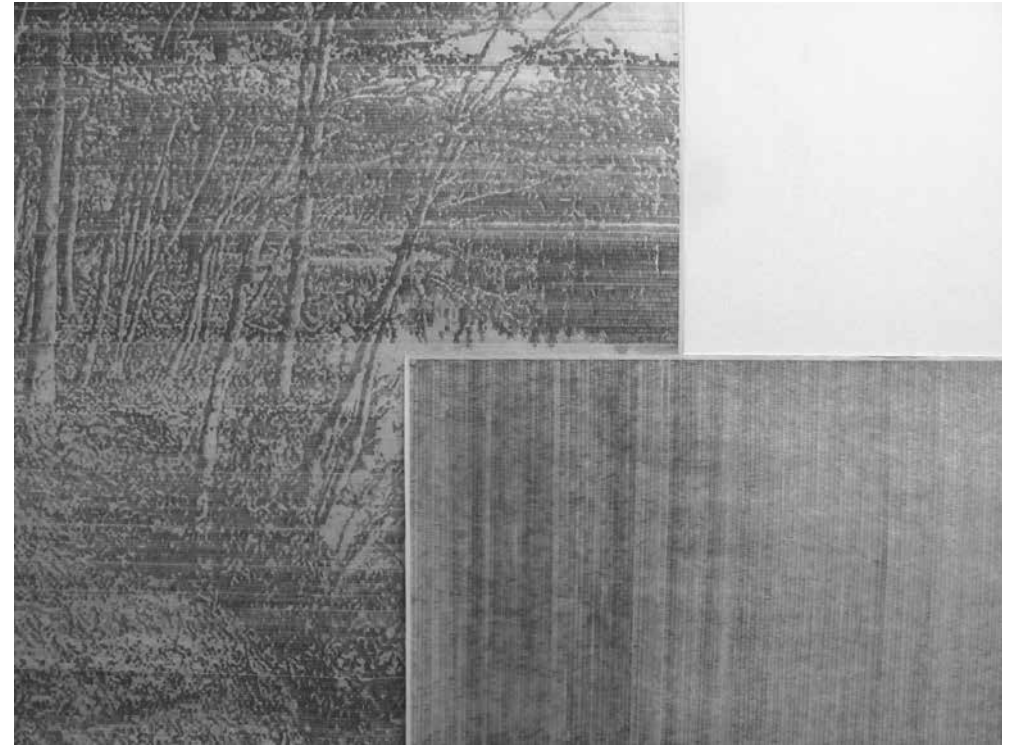
de Javier Arce

Aviso al espectador:

En esta exposición no va a encontrar un gran despliegue de color, más bien todo lo contrario; buena parte de las piezas que el artista ha reunido transitan por los senderos del gris, así que va a necesitar un ajuste perceptivo y emocional para recorrerlos. No es una advertencia alarmista; todo lo contrario: si es capaz de abrir su percepción le espera todo un espectáculo de diferencias mínimas que, precisamente por pequeñas, se cargan de significado. Si lo consigue, seguramente saldrá con la certidumbre de que por fin el gris es todo un universo, silencioso y enorme, fértil y profundo.

Esta entonación tenue, en la que el artista parece protegerse del brillo deslumbrante del espectáculo contemporáneo, está formada por varias series de dibujos realizados en los últimos años. Podrá ver diferentes tomas de posición del artista frente al mundo natural, el espacio artístico actual y, sobre todo, frente a su práctica específica de dibujante. Han sido elaborados pacientemente, no solo en su aspecto material, sino también conceptual y piden, o más bien insinúan, ser contemplados con otro tanto de detenimiento. Allan Poe declaró que no se podía hablar de asuntos complejos con palabras sencillas: estos dibujos siguen rigurosamente esta máxima. No son impenetrables, por supuesto, a pesar de su aspecto misterioso, ni pedantes, a pesar de su complejidad, son simplemente intensos y enormemente sinceros.

Podrá pasear también entre otras piezas desplegadas en el espacio, formadas por familias de objetos variados: piedras de arquitectura rescatadas, restos de vigas o puertas, libros y revistas, objetos naturales, fotografías y grabados. Cosas dispares convocadas a una reunión de alta intensidad narrativa, objetos con los que el artista ha convivido largo tiempo, habitados, sedimentados en su sensibilidad. Y que a través de esa convivencia, de ese roce de cuerpos, ha decidido incorporarlos al escenario del arte, cuidadosamente filtrados por la erosión de la convivencia. Son objetos que hablan de una historia personal que se hace pública al exponerse. Tampoco hay mucho color en estas instalaciones, quizás precisamente porque hay mucho que contar y el artista ha decidido que no vale la pena introducir estímulos que colapsen la visión con el resplandor del impacto instantáneo. Algunos están deteriorados por el paso del tiempo -se han agrisado de tanto vivir- y muestran su ruina junto a su vigencia como testimonio de permanencia, otros son modernos y urbanos: juntos son capaces de hacer saltar la chispa del sentido.



Walden Pond, 2015. Grafito sobre papel prensa, marco madera de mansonia, 150x162 cm.

Por último podrá ver un vídeo en el que el contexto geográfico y mental de todo lo anterior se hace explícito y toma cuerpo en una narración pausada y sutil. Se aconseja al visitante que vea esta película al final del recorrido, pues forma una especie de colofón a la experiencia recorrida por el artista. En ella queda patente una obsesión de Javier Arce: que su retiro en una cabaña del bosque no tiene el valor de aislamiento, sino de acumulación de experiencia y tiempo, de contemplación capaz de matizar su condición colectiva, ciudadana. Después de tantas cabañas en el arte contemporáneo, Javier Arce vuelve a la originaria del Thoreau de la desobediencia civil, matizada por el Godard de “Il faut savoir dire nous pour pouvoir dire je”. Y cita un fragmento de George Kubler, que comenta las operaciones sobre el tiempo de Robert Smithson: “El presente es cuando un faro está oscuro entre dos señales luminosas”. En ese intervalo tan fugaz, instante de pestañeo, ampliándolo al máximo, el artista ha dedicado horas y horas y más horas, a rozar un lápiz sobre papel, a dejar la marca de esa oscuridad, para darla a la luz, y también para acercarse a la planta de otra cabaña dibujada con trozos de carboncillo en la que, tan paciente y consciente como el dibujante, una araña teje interminablemente su tela.

Javier San Martín